

La construcción del "ser nacional": Usos de lenguajes psicológicos en la ensayística argentina (1910-1955)

Luis Alberto Moya¹

Resumen

A dos décadas de la propuesta de periodización de la Psicología en Argentina del Dr. Hugo Klappenbach (2006) el presente artículo se propone conmemorar su impacto en la profesionalización de la historiografía local y, simultáneamente, proponer un eje de análisis para su expansión crítica. Si bien el modelo original permitió ordenar el desarrollo de la disciplina bajo criterios políticos, institucionales y académicos, observamos que durante la etapa de la psicología pre-profesional el análisis de la identidad nacional argentina y la utilización de ideas psicológicas en su fundamentación no continúan más allá del primer periodo analizado por el autor. De este modo, en el siguiente trabajo sostenemos que la pregunta por el ser argentino y el uso de ideas psicológicas transitan una metamorfosis discursiva más allá del primer decenio del siglo XX. Para la consecución de dicho trabajo proponemos, desde un enfoque de historia intelectual, un análisis que integra los aportes del ensayo social y los discursos intelectuales de las primeras décadas del siglo XX, con el propósito de examinar cómo las categorías psicológicas continuaron operando como herramientas fundamentales para describir la identidad de los argentinos, comprendiendo que una historia integral permite la incorporación de la formación de las instituciones, los actores centrales, las ideas psicológicas y la función de la disciplina como un saber experto en la construcción de las representaciones colectivas sobre nuestra identidad.

Palabras clave: Identidad nacional; ensayos sociales; Psicología; Argentina

¹ IPSIBAT. Universidad Nacional de Mar del Plata. E-mail: luigimoya@gmail.com

The Construction of the "National Being": Uses of Psychological Language in Argentine Essay Writing (1910–1955)

Abstract

Two decades after Dr. Hugo Klappenbach's (2006) proposed periodization of Psychology in Argentina, this article aims to commemorate its impact on the professionalization of local historiography while simultaneously proposing an analytical framework for its critical expansion. While the original model allowed for the organization of the discipline's development based on political, institutional, and academic criteria, we observe that during the pre-professional stage of psychology, the analysis of Argentine national identity and the use of psychological ideas as its foundation do not persist beyond the first period analyzed by the author. Thus, in the present work, we argue that the inquiry into the "Argentine being" and the use of psychological ideas undergo a discursive metamorphosis beyond the first decade of the 20th century. To achieve this, we propose—from an intellectual history perspective—an analysis that integrates the contributions of social essays and intellectual discourses from the early 20th century. The goal is to examine how psychological categories continued to function as fundamental tools for describing Argentine identity, understanding that a comprehensive history allows for the incorporation of institutional formation, key actors, psychological ideas, and the discipline's role as expert knowledge in the construction of collective representations of our identity.

Keywords: National identity; Social essays; Psychology; Argentina

Introducción

La pregunta de la cual partimos e intentamos responder a través de la presente investigación indaga el uso de ideas psicológicas, por parte de un grupo de autores, integrantes del campo intelectual, respecto de las reflexiones sobre la identidad nacional en las primeras

décadas del siglo XX en Argentina. Para ello, analizamos un conjunto de intervenciones discursivas desde el punto de vista de la historia intelectual, atendiendo al proceso en el cual la figura del intelectual se fue institucionalizando a nivel nacional, a la par de la indagación de un objeto particular: la identidad nacional.

Nuestro propósito no es realizar un desarrollo completo respecto de las características que el campo psicológico presentó en nuestro país en las primeras décadas del siglo XX, cuestión desarrollada ampliamente en la periodización de Hugo Klappenbach (2006); por ejemplo, no analizamos el periodo psicotécnico ni de orientación profesional propio del peronismo. Por el contrario, centramos nuestra indagación en los discursos que intelectuales peronistas y antiperonistas construyeron respecto de nuestra identidad, focalizando la atención en el uso social de las ideas psicológicas. Para tal fin, buscamos herramientas conceptuales más allá de la historia de la psicología, recurriendo a la historia de las ideas argentinas, al pensamiento nacional y a la literatura argentina. Dicha tarea resulta compleja debido a las diferentes miradas desde donde puede ser enfocado el problema y a la dificultad de delimitar a qué nos referimos cuando hablamos de pensamiento argentino.

El corpus analizado se acota a un conjunto de ensayos escritos por autores como José Ingenieros, Leopoldo Lugones, Rodolfo Senet, Eduardo Mallea, Victoria Ocampo, Raúl Scalabrini Ortiz, Ezequiel

Martínez Estrada, Carlos Astrada y Américo Ghioldi, entre otros.

La selección se fundamenta en diferentes fuentes secundarias especializadas en la historia intelectual y de las ideas en Argentina, textos de Carlos Altamirano (2007), Oscar Terán (2008) y Beatriz Sarlo (2022) definen y delimitan a algunos de estos autores como intelectuales dedicados a la búsqueda de la identidad. Sin embargo, incorporamos otra figura como la de Rodolfo Senet, especialmente en sus ensayos tardíos referidos a la figura del gaucho y al problema del lenguaje nacional. Su inclusión se justifica a partir de la definición que Horacio Tarcus (2021) brinda sobre la condición del intelectual: aquel escritor, filósofo, cientista social, crítico o artista que interviene en la esfera pública con las herramientas forjadas en el seno de su propia profesión. Así, se puede actuar en el campo intelectual sin ser necesariamente un miembro consagrado de este. De este modo, incorporamos en el análisis la figura de Senet y sus desarrollos respecto del gaucho y del idioma de los argentinos, en el marco de sus últimos ensayos en la Academia Nacional de Letras durante las décadas de 1920 y 1930.

Respecto de la periodización utilizada, si bien toda división temporal es una construcción arbitraria, resulta también eminentemente necesaria para anclar autores, conceptos y momentos históricos. Para ello, adoptamos una periodización clásica de la historia de las ideas que sigue dichos tiempos y momentos como complemento de la periodización de la historia de la Psicología en Argentina desarrollada por Klappenbach. En primer lugar, se considera el positivismo o cultura científica entre 1880 y 1916; luego, el nacionalismo del Centenario de 1910; la crisis de 1930; y, finalmente, el primer peronismo de 1946 a 1955. De este modo, la delimitación temporal seleccionada no se fundamenta en una concepción lineal o cronológica de carácter positivista; por el contrario, nos anclamos en la historia intelectual para centrarnos en campos de problemas, elaborando una serie de categorías para pensar la identidad en cada momento histórico: la identidad como raza, como tradición, como lenguaje, como autenticidad y como pueblo.

1. La identidad entre la raza y la tradición

La primera categoría presenta una tensión entre las conceptualizaciones de la

identidad como raza en autores positivistas y la identidad como tradición, particularmente en el ensayo sobre el gaucho de Leopoldo Lugones. Respecto de la primera postura, a principios del siglo XX, un grupo de autores vinculados a la élite del momento planteaba sus preocupaciones por la masa de extranjeros interesados en ascender socialmente y ocupar lugares en las instituciones. El mismo Sarmiento, unas décadas antes, había descrito esta gran dificultad del país, afirmando que se había transformado en una "República de extranjeros" que ponía en peligro el gobierno propio y la identidad deseada. Sumado a ello, entre 1880 y 1900 parecía inminente una guerra con Chile, por lo que el problema acuciante se fundamentaba en quién iba a defender el territorio si la población carecía de sentimientos nacionales o de una identidad conformada.

Allí emergen algunos ámbitos de estudio de los problemas de la nación, como la sociología, la criminología y un conjunto de ensayos referidos al estudio del "carácter argentino" (Vilanova, 2001; Talak, 2008). Por su parte, Juan Agustín García (1899) sostenía que cada clase social poseía características psicológicas propias. Así, se tornaba necesario estudiar

los sentimientos, formas de pensamiento y comportamientos en el modo de vivir de los habitantes del país a fin de comprender el espectro mental que conformaba la amalgama social de la época. Desde la mirada de García, se estaba configurando una identidad que presentaba ciertos rasgos psíquicos particulares, entre los que nombraba el desprecio por la ley, la incapacidad para el pensamiento abstracto e ideal, la religiosidad interesada, la cultura caudillista, la improvisación, el hábito del despilfarro, el oportunismo y la admiración por el valor y no por el pensamiento, otorgando un privilegio a lo práctico por sobre lo espiritual.

Preocupado por el impacto de la inmigración en la conformación de la identidad, Carlos Octavio Bunge (1903) afirmaba que la organización política de un pueblo siempre era producto de su psicología. En su famoso escrito *Nuestra América*, el autor reconocía a la pereza, la tristeza y la arrogancia como particularidades inherentes al ser nacional, interpretadas como herencias de las llamadas razas negra, indígena y española. Así, sostenía que los mestizos tendían a reproducir un tipo de hombre primitivo y precristiano que determinaba el orden social, ya que “todo mestizo físico,

cualesquiera que sean sus padres y sus hermanos, es un mestizo moral” (Bunge, 1911, p. 129).

En paralelo a su acción profesional en el Consejo Nacional de Educación, Ramos Mejía (1904) escribió una serie de ensayos en los que apelaba a las ideas psicológicas de Le Bon para pensar la historia argentina, preocupado por la constitución del objeto "multitud". Desde matrices biologicistas, planteaba la presencia de las masas en la historia como fuerzas inconscientes, femeninas, vacías de razón y de inteligencia. El objetivo de su análisis era explicar la conformación y el desarrollo del sentimiento de la nación frente a la crisis migratoria observada por la élite liberal, contexto en el cual utilizaba la metáfora del protoplasma (Talak, 2008). El inmigrante deseado debía ser el protoplasma necesario para el progreso social en tanto representante de la civilización, aspecto que consideraba carente en los gauchos y criollos.

Un tema que obsesionaba a la élite de la época era la detección de las calidades reales de quienes querían incorporarse a sus círculos y a las instituciones. Así, la idea de la simulación demandaba a la mirada de los intelectuales descubrir

ciertas improntas de linaje en lo físico y en lo psíquico, dentro de una taxonomía que no solo tomaba en cuenta al individuo aislado, sino también a sus antecedentes familiares: una lectura en clave de darwinismo social penetrada por las concepciones de Lombroso (Terán, 2008). En esa línea, Ramos Mejía (1908) analizó a la masa y al carácter individual como promotores de la simulación en tanto estrategia adaptativa. Así, diseñó entre los inmigrantes una tipología particular en donde aparecían los guarangos, el huaso, el canalla y el "burgués áureo", inmigrante que había ascendido socialmente y constituía uno de los mayores peligros para la constitución de la identidad, ya que sus características personales implicaban el materialismo, el utilitarismo, la especulación y la simulación.

Por su parte, José Ingenieros (1918) se dedicó también al estudio de la "raza argentina" y consideraba a la simulación como un instrumento psicológico de la conducta. En sus observaciones, explicaba que los sujetos intentaban simular síntomas específicos de la locura para evitar situaciones determinadas: el deber cívico, el deber militar, la condena social (ya sea por orientación sexual o política) o una pena judicial por conducta indebida,

alcoholismo, prostitución, inadaptaciones sociales y transgresiones morales. Estas situaciones eran consideradas peligrosas para un régimen político que tenía como objetivo buscar la homogeneidad identitaria y el sostenimiento del *status quo* (Fernández, 2014; Plotkin, 2022). Como señalaba el propio autor:

Felices los hombres que puedan preocuparse de ser y olvidarse de parecer; los que puedan fiar en la sinceridad ajena, sin vivir en perpetua alarma entre la común hipocresía; los que puedan amar la verdad y aborrecer la mentira; los que puedan ser leales y sentirse correspondidos; los que puedan creer a sus padres, a sus amadas, a sus hijos, a sus amigos, a sus vecinos, a los hombres todos, esclavos hoy de la ficción organizada y acaso redimidos mañana por la inutilidad de vivir en perpetuo engaño recíproco (Ingenieros, 1900, p. 212).

Terán (2008) sostiene que estas reflexiones implican un llamado de alerta respecto de la escisión que se estaba produciendo entre la apariencia y la esencia en el ser nacional. Esta escisión conlleva, muchas veces, la utilización de la simulación como un recurso de los sujetos

para su subsistencia dentro del progreso social. Por su parte, en esa metáfora de la simulación, Jorge Saléssi (1995) y Josefina Ludmer (1999) encuentran una estrategia de exclusión de los inmigrantes, porque los simuladores eran, según Ramos Mejía e Ingenieros, mentirosos por naturaleza, emotivos, macaneadores y verborrágicos; poseían una oralidad cargada de "colores chillones", recreaban, repetían y reemplazaban palabras dichas originalmente por otros mediante el uso de citas, robaban palabras y recurrían a mímicas, carnavalizándose y corriendo el peligro de invertir los valores. Incluso Ramos Mejía habla del "imbécil afortunado", a quien la suerte lleva al poder pero que, al no poseer talento, se protege de su idiotez en el silencio, actuando como un caudillo silencioso por anemia cerebral. De este modo, los gitanos, los caudillos y los inmigrantes en su posibilidad de ascenso producían un peligro para la élite, y el hecho de que estos personajes se mezclaran con las clases patricias representaba siempre un riesgo.

Pensar la identidad como tradición fue una postura representada en el análisis del gaucho. En este apartado nos centramos básicamente en los aportes que Leopoldo Lugones realizó respecto del gaucho

payador. Durante los festejos del Centenario en 1910, el país se vio atravesado por diferentes conflictos sociales y políticos —como la huelga general, el asesinato del jefe de policía a manos de un anarquista y la bomba en el teatro Colón— que pusieron en evidencia las tensiones y la violencia de la época. Esto generó reacciones contra la europeización y promovió una revalorización de los valores culturales más autóctonos, impulsando la búsqueda de un proceso que, según Lugones (1910), debía ser inverso a la extranjerización: “Hay que averiguar cómo se formó la nación, para saber de qué modo hay que seguir construyéndola” (Lugones, 1938, p. 53).

Esta búsqueda se llevó a cabo en el intento de las clases dirigentes por generar unidad frente a una sociedad que se percibía, desde los ojos de la élite, como amenazada por la desintegración social a consecuencia de la inmigración. El ascenso social de estos individuos suponía la aparición de un nuevo actor que ponía en jaque la hegemonía político-cultural de un sector, con la consecuente ampliación de las fronteras de participación electoral. Aparece entonces un nacionalismo mediante el cual un grupo amplio del

campo intelectual argentino comenzó a identificar a la figura del inmigrante ya no como un integrante de la masa alfabetizada y blanca que traía la civilización frente al indio y al gaucho, sino, en palabras del propio Lugones, como parte de la "plebe ultramarina que venía a alborotar el zaguán". Los miembros de ese grupo heterogéneo empezaron a ser interpretados como especuladores con pretensiones de ascenso social que interpelaban a la élite al intentar obtener lugares importantes en el Estado, la Iglesia y el Ejército (Svampa, 1994).

En ese contexto, Lugones resignifica estéticamente la figura del gaucho en contraposición al inmigrante, incorporando el *Martín Fierro* como el gran poema nacional y fundante de la épica argentina. Lo hace en una serie de conferencias que contaron con un alto carácter institucional, debido a que entre el público se encontraban el militar Julio Argentino Roca y el propio presidente Roque Sáenz Peña acompañado por su gabinete. Dichas presencias se justificaban ante la relevancia política que revestía la temática para la clase gobernante, enfocada en lo que Lugones definía como la búsqueda de la expresión genuina del "alma nacional". En este aspecto, la figura

del intelectual escritor se constituía a partir de la delimitación de la identidad vernácula. A diferencia de los inmigrantes, los gauchos siempre aceptaron el patrocinio del blanco puro, con quien nunca pensaron igualarse política ni socialmente (García Fanlo, 2014).

Además del reconocimiento de la superioridad del blanco, Lugones destacaba algunas características propias de la psicología de los gauchos: un gran amor a la libertad, apego hacia su familia, fidelidad a la mujer, una precaria fe religiosa, habilidad en el manejo del potro y del cuchillo, destreza con la guitarra e inspiración de respeto. Retomando estas características, Lugones afirmaba que en el argentino de su época persistían la fidelidad a la mujer, la jactancia, la pasión por la libertad y la sensibilidad musical, sentenciando: "No somos gauchos, pero ese producto del ambiente contenía en potencia al argentino de hoy" (1910, p. 77).

Mariano Plotkin (2021) afirma que el concepto de patria propuesto por Lugones se encontraba en las antípodas del biologicismo y economicismo de Ingenieros, en tanto entendía a la raza desde una concepción cultural vinculada a

un estado espiritual, lo que otorgaba una preeminencia al poeta por sobre el científico. Para Ingenieros, el eje no estaba puesto en el pasado ni en la tradición de la figura del gaucho; por el contrario, sostenía que el futuro traería la formación de una élite ilustrada que regiría los destinos de la nación. Como afirma Cristina Fernández (2014), la mentalidad de Ingenieros parecía estar ubicada todavía en los proyectos del siglo XIX, donde el gaucho merecía quedar en el pasado y la nación debía proyectarse hacia el futuro.

2. La identidad como lenguaje

Si nos remontamos a la antigua Grecia, desde Heráclito se le impuso al hombre occidental la obligación de reflexionar y llegar a un entendimiento de sí bajo el aforismo "conócete a ti mismo". Los argentinos, desde que alcanzaron conciencia de serlo, asumieron dicha responsabilidad en el intento de definirse a través de una serie de ensayos cuyo objetivo era reflexionar sobre su propia identidad. En el conjunto de reflexiones respecto del tópico identitario, uno de los modos de conocernos se erigió, en buena medida, a partir de la querella en torno a la lengua como rasgo homogeneizador. A partir del llamado aluvión inmigratorio, se

generó un problema en la asimilación de estos nuevos actores a la vida política y social, provocando un conflicto en la ansiada constitución de la identidad debido a que el país se había transformado en lo que los intelectuales llamaban una "babel", lo que dificultaba la imposición de una lengua nacional, sobre todo por la abundante prensa escrita que circulaba en idiomas diversos (Degiovanni, 2007).

Desde el nacionalismo del Centenario se reclamaba la preeminencia de la lengua del país por sobre las demás, la problemática del lenguaje se tornaba compleja por la necesidad de algunos intelectuales de ampliar lo nacional hacia lo popular, más allá de la cultura europea representada por la élite. Oliveto (2014) describe cómo, en esas primeras décadas del siglo XX, el lenguaje popular en Buenos Aires constituía un conjunto de modalidades lingüísticas usadas corrientemente en la conversación diaria que producía una modalidad arrabalera, derivada de la inmigración masiva y de su uso en los estratos más suburbanos. Este modo de hablar ubicaba al lunfardo como un síntoma preponderante del lenguaje popular en la construcción de la identidad, vinculándolo también al crimen, a la peligrosidad y haciéndolo responsable de

las dificultades para la constitución del ser nacional.

La preocupación por la utilización y circulación social del lunfardo en los sectores urbanos generó una serie de intervenciones por parte de algunos pensadores. Francisco de Veyga (1910) definió a los individuos que utilizaban el lunfardo como personajes inútiles, inferiores y con fuertes limitaciones en sus facultades intelectuales debidas a su situación biológica y fisonómica. Desde su perspectiva, el lunfardo representaba una forma degenerativa que conducía a un infantilismo propio de débiles de espíritu, de mentalidad limitada e inestable, con una marcada tendencia al robo.

En consonancia, Rodolfo Senet presentó en los últimos años de su vida un marcado interés por la cuestión de la identidad y del idioma nacional, el cual plasmó en una serie de artículos y ensayos (Moya, 2021). Lector atento de Leopoldo Lugones, Senet escribió en 1926 una interpretación psicológica de su propuesta titulada *La Psicología gauchesca en el Martín Fierro*, en consonancia con una serie de artículos publicados en el diario *La Prensa* entre 1915 y 1926. En el análisis propuesto por Senet para el

abordaje de la psicología del gaucho, el eje radicaba en un estudio exhaustivo de sus características en tres grandes dimensiones: intelectuales, afectivas y morales (Ostrovsky y Moya, 2018; Moya, 2022). Sin embargo, fuera de algunos atributos como su amor a la libertad y su espíritu desprendido, sostenía que el gaucho no descollaba en ninguna de esas esferas.

Posteriormente, Senet fue contratado por la Academia Argentina de Letras con el objetivo de velar por la corrección y la pureza del idioma. Esta institución, creada en 1931 por un decreto-ley del primer presidente de facto de nuestra historia, José F. Uriburu, tuvo como propósito estudiar las particularidades lingüísticas del país. Con la creación de la Academia y su boletín, el gobierno de Uriburu intervino en la arena pública en dos cuestiones particulares: el análisis del idioma nacional y la problemática del lenguaje popular interpretado como una desviación de los comportamientos sociales vinculada a la criminalidad. Una de las variables que la criminología positivista había considerado para la determinación de la peligrosidad de los individuos era, justamente, el lenguaje; en nuestro país, específicamente el lunfardo,

llamado también la lengua del delito o argot criminal, línea que Senet continuó de manera estricta.

En 1938, Senet expuso su teoría acerca del lunfardo y del lenguaje popular, en el intento de demostrar la relación existente entre su uso y la desviación de las normas sociales. Para ello, dividió a la sociedad en trabajadores honestos y vagos delincuentes, sosteniendo que los ladrones de clases populares que usaban el lunfardo presentaban una psicología y una moral desviadas. Su preocupación radicaba en el posible traslado de ese lenguaje hacia las clases trabajadoras honestas, motivo por el cual afirmaba que el Estado debía intervenir activamente.

Influido por su lectura positivista de la sociedad, Senet abordó la problemática de las masas a través del concepto de "patota", definida como un grupo constituido por cierto número de sujetos que se reúnen con fines deshonestos y crueles. Este concepto resulta fundamental en su análisis del lenguaje popular. Para el autor, se trataba de compadres, cobardes, compadritos de arrabal, agentes electorales, matones o simples vagos y haraganes, cultores de una bohemia estúpida que llevaban una vida disipada.

Afirmaba que la clase de sujetos que formaban las patotas eran inmorales constitucionales, fronterizos y portadores de ciertas psicosis definidas, asegurando que nunca se veían patotas de "gente bien" o de personas "normales". En la patota se observaban sujetos atávicos que representaban al salvaje de las hordas primitivas, imbéciles o imbeciloides que, con su lenguaje y acciones, eran señalados como responsables de las dificultades que seguían apareciendo para la constitución de un ser nacional bajo los cánones de lo que se consideraba civilizatorio (Moya, 2022).

3. La identidad como autenticidad

La crisis económica, política, social y cultural de los años treinta afectó ciertas autoimágenes argentinas construidas en torno a la creencia en la excepcionalidad del país y su destino de grandeza (Terán, 2008). Esta situación generó que un conjunto de intelectuales comenzara a buscar las causas que explicaran las razones de lo que se visualizaba como el fracaso del proyecto de país. En ese momento histórico aparecieron tres obras representativas: *Radiografía de la pampa* de Ezequiel Martínez Estrada (1933), *El hombre que está solo y espera* de Raúl

Scalabrini Ortiz (1934) e *Historia de una pasión argentina* de Eduardo Mallea (1937). Se trata de ensayos que se preguntaban por las razones de la crisis y por las culpas, indagando qué somos y cómo somos los argentinos a través de explicaciones de índole psicológica.

Un tópico central en el debate cultural y político del campo intelectual fue la discusión entre fascismo y antifascismo. Gran parte de los intelectuales de esa época consideraba que el sistema político posterior al golpe de 1930 se encaminaba hacia una organización de tipo corporativa y peligrosamente fascista. Definían al fascismo como la anti-inteligencia y la anticultura, por lo que los intelectuales considerados democráticos debían involucrarse políticamente en ese combate. No obstante, esas categorías no constituían un cuadro del todo estable en esos años. En 1934, Victoria Ocampo viajó a Italia a dictar unas conferencias invitada por el Instituto Interuniversitario Fascista de Cultura y la Dirección General de los italianos en el exterior. En su intervención, llamada *Supremacía del alma y la sangre*, recuperaba escritos del filósofo Ortega y Gasset sobre nuestra identidad para problematizar la cuestión americana. Ocampo (1926) refería una

cierta mudez o imposibilidad de articular la palabra con el fin de expresar nuestra propia identidad, afirmando que los argentinos aún no nos conocíamos ni éramos conscientes de nuestras fuerzas interiores, definiendo al país como un futuro que aún no es y cómo la angustia de no poder articular las palabras necesarias para definirse.

En el mismo viaje, Eduardo Mallea dictó una conferencia titulada *Conocimiento y expresión de la Argentina*, publicada en 1935 y presentada por el filósofo vitalista y político fascista italiano Giovanni Gentile. Allí afirmaba que la Argentina era un país que buscaba desesperadamente su voz. Nuestra mudez era considerada un síntoma de inmadurez y de improvisación como nación, consecuencia de las corrientes migratorias que habían llegado cargadas de expectativas y virtudes deformadas por el afán de riqueza y lucro. Mallea (1935) aseguraba la necesidad de que un grupo humano le prestara su voz al país, descartando para ello a los indios y a los gauchos, y pensando en aquellos hombres y mujeres que entroncaban con la historia profunda, sumergida y racional de la nación.

En consonancia con estas ideas, en 1937 Mallea publicó *Historia de una pasión argentina*, focalizando su trabajo en una reflexión sobre la identidad articulada en torno al problema del ser y el aparentar. Planteaba la existencia de dos países: uno visible y otro invisible. De este modo, el ensayista trabajó la tensión entre el ser y el representar, es decir, la autenticidad frente al aspecto externo e inauténtico, sentenciando: “Lo peor, la más nociva, la más condenable de todas las personas actuantes en la superficie de la Argentina es la persona que ha substituido un vivir por un representar” (Mallea, 1937, p. 70).

A través de su escrito *El hombre que está solo y espera*, Raúl Scalabrini Ortiz afirmaba que nuestra identidad estaba representada en el "Hombre de Corrientes y Esmeralda", un sujeto condensador de todos los rasgos culturales del país que, aunque situado en Buenos Aires, actuaba como una síntesis de la nación. Lo describía como el hombre de las muchedumbres que solo se apasiona por su destino, es intransigente, se aparta de los que disienten y es hijo de los europeos que se transformaron en argentinos. En coincidencia con otros ensayistas de su época, Scalabrini presentó un análisis

basado en la tensión entre lo interior y lo exterior, entre lo auténtico y lo inauténtico, afirmando la existencia de una exterioridad engañosa donde los porteños exhiben en su superficie un barniz europeo que representa solo su apariencia: “lo que el porteño muestra, es su mentira” (Scalabrini, 1932, p. 23).

El argentino sufría los efectos que la tierra imprime sobre su carácter: abatimiento, inacción y conciencia de su finitud frente al paso del tiempo. La verdad de la identidad del porteño se encontraba, según el autor, en el espíritu de la tierra, por lo que proponía la tarea de bucear en el sentimiento porteño mediante la autoobservación para hallar la autenticidad. ¿Cómo es ese argentino? Un piloto del caos, hombre de improvisaciones y no de planes, fiado en la certeza del instinto, en sus intuiciones, emociones y presentimientos; ignora la deliberación, actúa y no calcula, y pide a los hombres públicos que sean hombres de pálpito y no de programas. Es un cultivador de la amistad como uno de los pocos sentimientos dignos, valora los bienes espirituales y menosprecia los materiales. Todo esto va conformando un temperamento relativista y escéptico que lo lleva a desinteresarse de la cosa pública,

delegando sus responsabilidades en el Estado. Esta noción de argentino intuitivo fundamenta la crítica que Scalabrini realizaba a los intelectuales de su momento.

Radiografía de la pampa de Martínez Estrada se presenta como un texto central para pensar la recepción de ideas psicológicas y psicoanalíticas en el ensayo social. Una zona de recepción del psicoanálisis en nuestro país, diferente del dispositivo psiquiátrico, estuvo constituida justamente por las lecturas de estos conceptos dentro de la literatura (Vezzetti, 1996). El Freud de Martínez Estrada es el de tipo antropológico, siendo *Tótem y tabú* el escrito privilegiado para su lectura. Invitado por Gregorio Bermann a Zúrich, Martínez Estrada asistió como oyente al II Congreso Mundial de Psiquiatría presidido por Carl Jung, cuyos conceptos centrales, como el inconsciente colectivo y los arquetipos, le interesaron profundamente.

Influido por el evolucionismo de Haeckel, la tesis central de Freud en *Tótem y tabú* refería a la existencia de experiencias pretéritas conservadas en la memoria colectiva y transmitidas de generación en generación de modo inconsciente. De este modo, existían

elementos que permitían leer huellas de acontecimientos que, a modo de trauma, continuaban operando en la historia de un colectivo humano. En disputa con este pensamiento, Jung afirmaba la repetición de ciertos síntomas traumáticos, pero fundamentaba su existencia en símbolos arquetípicos universales que conformaban el inconsciente colectivo. Lector de ambos autores, Martínez Estrada construye una suerte de radiografía de la identidad argentina.

El ensayo de Martínez Estrada se encuentra escrito con la estructura misma de la neurosis freudiana: una escena primaria traumática se desplaza a lo largo de la historia de la nación, explicando la imposibilidad de constituir una identidad vinculada a lo civilizatorio. Postula una violencia originaria y fundacional que hace de la desproporción, de la soledad y del aislamiento (tanto en el tiempo como en el espacio) la estructura fundamental de nuestra identidad, donde la historia es ilusión y puro engaño. En la primera escena, los conquistadores españoles, huyendo de su pasado, llegan a América en busca de riqueza; buscan Trapalanda y, dice Estrada, se encuentran con la pampa: un océano, una naturaleza sin historia ni posibilidad de sociabilidad. Ante la

imposibilidad de obtener lo deseado, el conquistador reprime y desaloja de su conciencia el hecho traumático, asesinando al indio y violando a su mujer, considerados representantes de la evidencia de que se está en un territorio que no es Trapalanda. Se reprime aquello que desmiente la ilusión, lo cual sucede posteriormente con el gaucho y luego con el pobre. (Martínez, Estrada, 1933). Ese borramiento se sustituye, a modo de compensación, por un fetiche (el oro, la vaca, la tierra) que ocupa el lugar del valor inexistente, otorgándole al conquistador la certeza de que su ilusión continúa intacta. En consecuencia, el origen del país presenta estructuras mitológicas fundantes y no un contrato social; se halla un acto de violación y violencia. En consecuencia, cuanto más se apuesta al proyecto civilizador, más emerge la barbarie.

Beatriz Sarlo (2022) sostiene que existe un énfasis en la dimensión de la máscara o del simulacro que caracteriza a la sociedad argentina en la obra de Martínez Estrada. Todos los elementos de la vida nacional se encuentran teñidos de falsedad, contruidos desde la mentira y generando seudoestructuras sin sustento. La inautenticidad se filtró en todas las instancias: en las familias, en la cultura

donde se imitan valores que no se poseen, y en la política mediante adhesiones interesadas, acomodados y sobornos, mientras se exhibe un patriotismo formal.

Negado el pasado e imposibilitado el futuro, solo queda la compulsión a la repetición de la realidad, que es la barbarie. De forma sintomática, el autor cierra la obra retomando la dicotomía sarmientina de civilización y barbarie, pero confesando el fracaso de una civilización reducida a prácticas del "como sí", consistentes en la aplicación de simulacros inadecuados para configurar la auténtica realidad nacional. Se llegó a hablar francés e inglés y a usar frac, pero el gaucho estaba siempre debajo de la camisa. El constructor de esta imagen fue Sarmiento, cuyo ferrocarril solo conducía a Trapalanda (Moya y Ostrovsky, 2013). Ahora bien, la elaboración y posible salida de esta insistencia patológica se observa cuando Martínez Estrada, al finalizar la obra, se posiciona como el analista que, habiendo examinado los componentes imaginarios que hacen posible el lazo social, pide que se escuche la palabra por su poder de curación. Así es como intenta plantear una salida al fatalismo de la repetición, la cual radica fundamentalmente en hacer consciente lo

inconsciente, tomar conciencia de la realidad y aceptarla para lograr una superación.

4. La identidad como pueblo

Entre los años 1945 y 1955, los intelectuales argentinos se encontraron nuevamente inmersos en un intenso debate respecto de la politización del campo, estimulado por el fin de la Segunda Guerra Mundial, la eclosión de la Guerra Civil española y el ascenso del primer peronismo al poder. En sus orígenes, el surgimiento del peronismo revolucionó el escenario político e intelectual, produciendo una infinidad de lecturas desde diferentes perspectivas que intentaron dar cuenta del nacimiento de este fenómeno (Fiorucci, 2011). En algunas de esas reflexiones, particularmente desde los sectores antiperonistas, se observa la revitalización de una línea interpretativa de corte psicológico similar a la empleada por la generación del ochenta, la cual había estudiado la identidad nacional y el problema de las masas desde concepciones biológicas y sociales. Esta tradición se comenzó a emplear en este nuevo contexto de mediados del siglo XX como una clave explicativa para comprender el fenómeno

del peronismo y las masas. El ascenso de la nueva clase trabajadora que, producto de la industrialización, había migrado del campo a la ciudad en busca de empleo, generó diversas reflexiones.

En un eje de análisis que retoma los aportes de Pierre Bourdieu, Silvia Sigal (1991) sostiene que, para estudiar las relaciones entre el campo intelectual y político del peronismo, deben indagarse los diferentes posicionamientos que los intelectuales peronistas y antiperonistas fueron realizando respecto de la antinomia fascismo-antifascismo. La emergencia del peronismo impactó en el campo intelectual de tal modo que algunos pensadores comenzaron una crítica o defensa del modelo político de Perón en vinculación con dichas posiciones. Terán (2008) caracteriza el clima de la época como el divorcio entre los intelectuales y el peronismo; sin embargo, el historiador describe una lista de intelectuales que minoritariamente adhirieron al movimiento, participando activamente de sus ideas.

Entre ellos, Carlos Astrada intervino en el debate respecto de la identidad con una de sus obras más significativas: *El Mito Gaucho: Martín Fierro y el hombre*

argentino, publicado en 1948, cuyo objetivo fue realizar una teoría de nuestra identidad problematizando y conceptualizando la noción de pueblo a la luz del poema nacional. En palabras del autor, el gaucho, como poseedor de un tesoro escondido, había retornado nuevamente a la patria para vivir auténticamente la vida argentina. Sin embargo, sobre la pampa y sobre el gaucho se había instalado un olvido. Sostenía que esa riqueza pampeana no estaba vinculada a lo material; por el contrario, constituía la clave de la identidad contenida en el *Martín Fierro* como poema épico. Aquí aparecen ciertas lecturas de Sorel, Le Bon, Tarde y la fenomenología existencial, particularmente de Heidegger.

Desde una perspectiva crítica al marxismo, Sorel (2005) sostenía que el proletariado no se movilizaba meramente por intereses materiales, sino por representaciones o imágenes que lo conmovían y lo convocaban a la acción. Así, no importaba tanto la posición de clase ni la verdad o falsedad de un mito, sino la adhesión a fuertes imágenes compartidas que podían unificar a la clase obrera, llevándola al éxito.

Desde esa concepción soreliana del mito, y en diálogo con Leopoldo Lugones, Astrada afirmó que la identidad argentina como proyecto podía concretarse en un mito y una imagen como la del gaucho, operando como un llamado en determinadas épocas para que ciertos personajes cumplan el destino de un pueblo, en este caso Perón. Por ello, consideraba necesario que los pueblos recuperaran su esencia nacional, dejando de pensarse a sí mismos de modo inauténtico como meras colonias; el hombre pampeano se había vuelto inauténtico al incorporar productos culturales sistematizados por otras formas de experiencia.

Así, en el intento de acceder a la cultura y la civilización, los argentinos no se habían esforzado por construirla, sino que la copia se convirtió en la característica principal de su falsa identidad. En consecuencia, se habían caracterizado por la melancolía, la nostalgia y la tristeza, porque la soledad en la pampa generaba esos sentimientos, convirtiéndose la melancolía en un rasgo estable de la identidad nacional. Las lágrimas que los melancólicos viajeros derramaron en la llanura eran absorbidas por el suelo, convirtiendo al paisaje pampeano en el

confidente de una repetida catarsis. Sin embargo, en diálogo con las metáforas utilizadas por Mallea, Astrada (1948) afirmaba que nuestros habitantes habían comenzado a despertar, centrándose en su mito vital y sintiendo que el paisaje de la pampa debía ser conquistado. Desde sus lecturas existenciales, la identidad argentina se constituía, así como una tarea inacabada que requería una elección personal para elegir el destino que conduciría a la autenticidad.

Desde el socialismo, un representante destacado del antiperonismo en el campo intelectual fue Américo Ghioldi, quien escribió una serie de ensayos y conferencias referidos a la identidad argentina y a los problemas que atravesaba el país. En 1953, Ghioldi publicó su ensayo *La Argentina tiene miedo*, donde incorpora elementos psicodinámicos que van desde Ribot, Janet y Charcot hasta Freud, vinculando el éxito del peronismo al totalitarismo, al fascismo y al "miedo a la libertad" de Fromm.

En nuestro país el psicólogo español Emilio Mira y López publicó un jugoso estudio sobre el miedo y su terapéutica en el libro cargado de enseñanzas que lleva por título Los

cuatro gigantes del alma. Miedo, amor, ira y deber son los cuatro dominadores del alma. No olvidemos además que con el descubrimiento del subconsciente por Freud el tema psicológico del miedo ha recorrido nuevas y provechosas rutas (Ghioldi, 1953, p. 25).

Con la llamada Revolución Libertadora de 1955, Ghioldi publicó el ensayo *De la tiranía a la democracia civil. Cayó la dictadura, ¿ahora qué?*, a modo de diagnóstico y programa futuro. El séptimo capítulo de dicho ensayo denominado "Sigmund Freud en la Argentina", analiza el mito de la figura de Eva Perón, creado por lo que Ghioldi consideraba un Estado totalitario y fascista cuya función había sido suprimir el control de la razón pública y la libertad, reemplazando los pensamientos individuales por imaginaciones que se imprimían en los cerebros pasivos de las masas. Según el autor, el peronismo había fabricado mitos imponiéndolos desde fuera de la conciencia, despertando en las muchedumbres estados histéricos.

La apelación a ideas psicológicas y psicoanalíticas le otorgaba el fundamento a sus interrogantes, afirmando que si Le

Bon, Freud, McDougall, Adler y Pavlov hubieran tenido oportunidad de cambiar impresiones en Buenos Aires, habrían coincidido en que la multitud crea, despierta o expresa impulsos que en el individuo aislado no se manifiestan (Moya, 2022). En *Psicología de las masas*, Freud (1921) sostiene que, en determinadas circunstancias, el hombre piensa, siente y obra de un modo absolutamente inesperado. Tanto Le Bon como Freud planteaban que, por el solo hecho de estar inmerso en la multitud, el sujeto adquiere un alma colectiva que lo hace operar de modo distinto. Así, en las multitudes los individuos adquieren sentimientos de potencia invencible, se entregan sin freno a sus instintos y abandonan sus represiones. Se observan contagios mentales y sugerencias en alto grado; los sujetos caen en manos de hipnotizadores y descienden varios grados en la escala de la civilización, actuando como primitivos e infantes. De este modo, Ghioldi afirma que la multitud reacciona a estímulos intensos y que es inútil argumentar con ella lógicamente, por lo que tiende a ser autoritaria e intolerante. Finalmente, Ghioldi les otorga un lugar principal a los intelectuales, quienes deben ser los referentes que conduzcan al país

por su condición especial de conocedores de derechos y deberes (Moya y Ostrovsky, 2020).

El mismo año, Martínez Estrada intervino en el debate respecto de la caída del gobierno peronista publicando su ensayo *¿Qué es esto? Catilinaria*. Allí comparaba a los seguidores peronistas con los de Juan Manuel de Rosas y retomaba a la filósofa Simone Weil, quien había presentado una actualización de la Psicología de las masas de Le Bon y Tarde con fuertes ecos freudianos, criticando el montaje de propaganda ideológica del fascismo y el nazismo. La lectura de su libro fue utilizada por Martínez Estrada para vincular al peronismo con el fascismo, afirmando que no se había constituido una cultura ni una identidad nacional, sino solo una mimetización. Proponía establecer una escala de valores en el orden intelectual señalando a impostores, simuladores y "corruptores de la cultura".

Finalmente, Martínez Estrada dedicó los capítulos de su ensayo a diferentes figuras intelectuales significativas como Goethe, Wagner, Toynbee, Plutarco, Napoleón, Marx y Engels, para consagrar el último apartado al psiquiatra suizo Carl

Jung. El concepto de inconsciente colectivo y los elementos arquetípicos desarrollados por Jung le permitieron a Martínez Estrada interpretar cómo el peronismo representaba lo que él consideraba la repetición de la barbarie a lo largo de nuestra historia: primero Rosas, luego Yrigoyen y después Perón, manifestándose como una invariante arquetípica que atravesaba a la sociedad argentina.

Conclusiones y discusión

En el presente trabajo describimos y analizamos cómo un suelo de ensayos interpretativos, a pesar de sus diferencias contextuales y políticas, compartían la utilización de ideas psicológicas sobre lo que debía ser la identidad, recurriendo a conceptos que actuaban de manera prescriptiva. Cada interpretación jerarquizaba ciertas identidades frente a otras, estableciendo un entramado de lo deseado que debía homogeneizar y de las exclusiones que había que justificar. Partiendo de la idea de que los discursos son prácticas sociales, enfatizamos el carácter performativo que pudieron tener estas interpretaciones, así como los cambios de valoraciones que guiaban los criterios con los que se seleccionaba a

quienes quedaban incluidos y a quienes poseían un estatus problemático, como ocurre con las figuras del gaucho, de los inmigrantes, de las masas o del pueblo. De este modo, afirmamos que la definición de la identidad nacional estaba cargada de valoraciones políticas que sostenían las argumentaciones epistémicas, incluyendo los males que había que corregir y los cambios hacia los que la identidad debía dirigirse. El enfoque adoptado en esta investigación implicó abordar la complejidad de esta trama de ideas y discursos culturales que, en su conjunto, pusieron en juego las transformaciones de los saberes que los intelectuales analizados plantearon en el intento de delimitación de nuestra identidad.

Sostenemos que el uso de ideas psicológicas en el ensayo social argentino se delimitó en tres cuestiones esenciales: la preocupación por las masas y muchedumbres, la inquietud por el lugar del gaucho en la identidad nacional y la intranquilidad por las inclusiones y exclusiones identitarias. La inquietud de la dirigencia política e intelectual de principios del siglo XX respecto de la masa inmigratoria y su posible ascenso generó una serie de reflexiones que utilizaron ideas psicológicas de Gustav Le

Bon y Gabriel Tarde respecto de la psicología de las muchedumbres, y de la psicopatología francesa de Théodule Ribot y Pierre Janet, empleadas por José Ramos Mejía para comprender la constitución de las multitudes. La idea de sugestión le permitió a Ramos Mejía enlazar la irracionalidad colectiva con la histeria, especialmente en los sectores inmigrantes.

Treinta años después, en el contexto del golpe de Estado de Uriburu, influido por sus lecturas aún positivistas, Senet abordó la problemática de las masas con el concepto de patota, partiendo de la tesis de que la formación identitaria se erigió en torno a la querella sobre la lengua utilizada, tildando a sus integrantes de sujetos atávicos y psicóticos. Promediando el siglo XX, la problemática de las masas resurgió durante el primer peronismo a través de las lecturas del campo intelectual antiperonista, incorporando citas de Ribot, Freud, Jung, Fromm, Le Bon, Tarde, Sorel y Weil. En el análisis de la identidad como pueblo, Américo Ghioldi y Ezequiel Martínez Estrada utilizaron conceptos como instintos, represiones inconscientes, repeticiones, contagios mentales y sugestiones en el intento de comprender al pueblo peronista y a su líder.

Respecto de la figura del gaucho, en tensión con las conceptualizaciones naturalistas de las primeras décadas del siglo XX, pensar la identidad como tradición se representó fielmente en su análisis. Para las concepciones positivistas, este personaje había sido el representante de la barbarie y del atraso, considerándose una rémora que era mejor dejar en el pasado; sin embargo, durante el Centenario y en el primer peronismo, la figura del gaucho fue rescatada como núcleo central de la identidad nacional. Generando un gran debate, Lugones enunció y legitimó su figura en contraposición al inmigrante, construyendo un linaje con la Grecia arcaica y ubicando al gaucho como el arquetipo de nuestra identidad. Veinte años después, Senet realizó una lectura positivista de la propuesta lugoniana, utilizando términos psicológicos para analizar la personalidad de este tipo social. Por su parte, dentro del campo intelectual peronista, Carlos Astrada intervino en el debate leyendo el *Martín Fierro* como un poema épico matizado por el pensamiento existencialista. El llamado "mito del gaucho" era para Astrada el fundamento de la identidad, entendida como una tarea inacabada y un proyecto de elección

personal hacia la autenticidad, donde la familia y el trabajo constituían los cimientos de la doctrina peronista.

En términos de inclusiones y exclusiones, la construcción identitaria en nuestro país parece haberse edificado sobre operaciones de segregación más que de integración. En los diferentes ensayos se intentó instalar prescriptivamente un imaginario determinado respecto de cómo debía ser el ciudadano argentino, surgiendo frente a este las figuras de los bárbaros, los simuladores, los guarangos, los desviados o los inauténticos. Estos personajes fueron personificados en distintas épocas como indios, negros, gauchos, inmigrantes, lunfardos o cabecitas negras, señalados como responsables de dificultades sociales. Ramos Mejía, Ingenieros, Mallea y Martínez Estrada coincidieron en los principales rasgos de este tipo social al que había que excluir, llamado guarango o simulador. Para estos ensayistas, la visión griega de la identidad como máscara alcanza su máxima expresión en el ser argentino, ya que los guarangos se encuentran eternamente actuando y simulando algo que no son, representando un peligro de infiltración para las élites.

Por su parte, Scalabrini afirmaba que los porteños exhiben una exterioridad engañosa que representa solo su mentira, proponiendo la autoobservación para hallar la autenticidad en el arquetipo del hombre de Corrientes y Esmeralda. Senet problematizó estos personajes mediante el criterio demarcatorio del lenguaje, ubicando al lunfardo como una lengua criminal y ligando las patotas a rasgos inmorales y atávicos. En el caso de Mallea y Ocampo, se ubicaba a la Argentina como un país caracterizado por la mudez y la inautenticidad, interpretada como una carencia de tradición y de la tranquila naturalidad que brinda el actuar conforme al ser. En sintonía con este clima antipositivista, Martínez Estrada caracterizaba al guarango como un impostor social, adjudicándole a la historia del país un origen traumático que operaba a modo de repetición inconsciente de la barbarie. Finalmente, Astrada sostenía que la identidad se había vuelto inauténtica al incorporar productos culturales ajenos, generando melancolía y tristeza, mientras que Ghioldi caracterizaba a través de términos como "aluvión" a la clase postergada que llevó al peronismo al poder, afirmando que la barbarie insistía

mediante mecanismos de sugestionabilidad e hipnosis colectiva.

En todos los casos, los autores analizados llegaron al diagnóstico de la dificultad para la constitución de la identidad nacional argentina debido a sus desviaciones. Estos diagnósticos fueron propuestos desde la mirada de intelectuales que, desde sus particulares formaciones y ojo clínico, observaban los males sociales, los diagnosticaban y, ocasionalmente, proponían terapéuticas y posibles soluciones, muchas veces acudiendo a ideas psicológicas entre sus fundamentos.

Para concluir, creemos que la incorporación de un enfoque basado en la

historia intelectual nos permitió observar una metamorfosis discursiva del saber psicológico que excede los marcos estrictamente institucionales y académicos de las periodizaciones clásicas de la historia de la Psicología. Así, al examinar las tensiones de la identidad nacional a través de las categorías de raza, tradición, lenguaje, autenticidad y pueblo, el trabajo demuestra que la circulación y uso social de las ideas psicológicas en el ensayo argentino —desde el positivismo hasta el primer peronismo— constituye una dimensión posible para alcanzar una reconstrucción histórica integral de la disciplina.

Referencias bibliográficas

- Altamirano, C. (2007). *Intelectuales. Notas de Investigación*. Buenos Aires: Norma
- Altamirano, C. (2011). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Altamirano, C. (2021). *La invención de nuestra América*. Buenos Aires: Siglo 21.
- Astrada, C. (1948). *El Mito Gaucho: Martín Fierro y el hombre argentino*. Buenos Aires: Cruz del Sur.
- Bunge, C. (1908). *Nuestra América. Ensayo de psicología social*. Buenos Aires: La cultura argentina, 1918.
- De Veyga, F. (1910). Los lunfardos. Comunicación hecha a la Sociedad de Psicología. *Archivos de Psiquiatría y Criminología aplicadas a las ciencias afines*, 9, 513-529.

- Degiovanni, F. (2007). *Los textos de la patria: nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Fernández, C. (2012). *José Ingenieros y los saberes modernos*. Córdoba: Alción.
- Fiorucci, F. (2011). *Intelectuales y peronismo (1945-1955)*. Buenos Aires: Biblos.
- Freud, S. (1913). *Tótem y tabú. Algunas concordancias de la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos*. En S. Freud. (1986). *Obras Completas*. Tomo XIII (pp. 1-164). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914). *Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, III)*. En S. Freud. (1986). *Obras Completas*. Tomo XII (pp. 145-158). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1921). *Psicología de las masas y análisis del yo*. En S. Freud. (1986). *Obras Completas*. Tomo XXVIII (pp. 63-127). Buenos Aires: Amorrortu.
- García, JA. (1899). *Introducción al estudio de las ciencias sociales argentinas*. Buenos Aires: Claridad, 1938.
- Funes, P. (2006). *Salvar la nación: intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Prometeo Libros Editorial.
- García Fanlo, L. (2011). La argentinidad: un marco interpretativo. *Polis. Revista Latinoamericana*, 29, s/p. Recuperado de: <https://journals.openedition.org/polis/2053>
- Ghioldi, A. (1954). *La Argentina tiene miedo*. Buenos Aires: La Vanguardia.
- Ghioldi, A. (1956). *De la tiranía a la democracia social. Cayó la dictadura. ¿Ahora qué?* Buenos Aires: Gure.
- Ingenieros, J. (1902). *La simulación en la lucha por la vida*. Valencia, F. Sempere y Cia, 1911. Ingenieros, J. (1903). *Simulación de la locura*. Buenos Aires, R. Roggero, 1949.
- Ingenieros, J. (1918). *La formación de una raza argentina*. En J. Ingenieros *Sociología argentina*. (pp.473-506). Buenos Aires: Rosso.

- Klappenbach, H. (2006). Periodización de la psicología en Argentina. *Revista de Historia de la Psicología*, 27(1), 109-164.
- Ludmer, J. (1999). *El cuerpo del delito. Un manual*. Buenos Aires: Libros Perfil.
- Lugones, L. (1916). *El payador*. En obras completas. Madrid: Aguilar. 1962.
- Lugones, L. (1919). *La Torre de Casandra*. Buenos Aires: Atlántida.
- Lugones, L. (1938). *Roca*. Buenos Aires: Imprenta y casa editora Coni.
- Mallea, E. (1935). *Conocimiento y expresión de la Argentina*. Buenos Aires: Sur.
- Mallea, E. (1937). *Historia de una Pasión Argentina*. Buenos Aires: Sur.
- Martínez Estrada, E. (1933). *Radiografía de la Pampa*. Buenos Aires: Losada.
- Martínez Estrada, E. (1956). *¿Qué es esto? Catilinaria*. Buenos Aires: Lautaro.
- Moya, L y Ostrovsky, A. (2013). Un ejemplo de recepción literaria del psicoanálisis en la interpretación social de la Argentina de los años '30. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina* 59(4): 275-283.
- Moya, L y Ostrovsky, A. (2020). La utilización de caracterizaciones psicológicas y psicoanalíticas en el pensamiento social argentino: el caso de Américo Ghioldi. XIV Encontro Clio-Psyché e IV Congresso Brasileiro de História da Psicologia. 5 y 6 de noviembre de 2020.
- Moya, L. (2021). *Senet, Rodolfo*. En: Jacó-Vilela AM, Klappenbach H., Ardila R. (eds) *The Palgrave Biographical Encyclopedia of Psychology in Latin America*. Palgrave Macmillan, Cham.
- Moya, L. (2022). Lenguaje, identidad y crimen en Rodolfo Senet. IX Congreso Marplatense de Psicología. Facultad de Psicología, el 1,2 y 3 de diciembre del 2022.
- Ocampo, V. (1926). *Quiromancia de la pampa*. En Testimonios. Buenos Aires: Sur.
- Ocampo, V. (1935). *Supremacía del alma y de la sangre*. Buenos Aires: Sur.
- Oliveto, M. (2014). *La lengua literaria en la Argentina de 1920*. Buenos Aires: Teseopress.
- Orensanz, M. (2017). *Recorridos por la filosofía argentina*. Eudem.

- Ostrovsky, A y Moya, L. (2018). ¿Es superior el gaucho a la mujer? Género y etnia en la psicología de Rodolfo Senet (1872-1938). *Revista de historia de la psicología*, 39(2), 14- 20.
- Plotkin, M. B. (2021). *José Ingenieros: El hombre que lo quería todo*. Buenos Aires: Edhasa.
- Ramos Mejía, J.M. (1898). *Las multitudes argentinas*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano. 1977
- Ramos Mejía, J.M. (1904). *Los simuladores del talento en las luchas por la personalidad y la vida*. Barcelona, F. Granada y C. Editores, 1915.
- Salessi, J. (1995). *Médicos, maleantes y maricas*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo.
- Sarlo, B. (2022). *Clases de literatura argentina*. Facultad de filosofía y letras UBA, 1984-1988. Buenos Aires: Siglo XXI
- Senet, R. (1927). *La psicología gauchesca en el Martín Fierro*. Buenos Aires, Argentina: Gleizer.
- Senet, R. (1938). El falseamiento del castellano en la Argentina y lo que significan en realidad las palabras del lunfardo. *Boletín de la Academia Argentina de Letras* 6, (1), 121-144.
- Sigal, S. (2002). *Intelectuales y poder en la Argentina. La década del sesenta*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sorel. (2005). *Reflexiones sobre la violencia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Svampa, M. (1994). *El dilema argentino. Civilización y barbarie*. Buenos Aires: Taurus.
- Talak, A. (2008). *La invención de una ciencia primera. Los primeros desarrollos de la psicología en Argentina (1896-1919)*. Tesis doctoral no publicada, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Talak, A. (2016). La psicología en la construcción de ciudadanía en la Argentina (1900-1920) conocimientos, tecnologías y valores. *Revista Historia de la Psicología*, 37(1), 16-22.

- Tarcus, H. (2021). *Las revistas culturales latinoamericanas: giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles*. Buenos Aires: Tren en movimiento.
- Terán, O. (2008). *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Vezzetti, H (1996). Historia del Psicoanálisis: complejidad y producción historiográfica. En C. Ríos, R. Ruiz, J. C. Stagnaro & P. Weismann (2000). (Eds.). *Psiquiatría, Psicología y Psicoanálisis. Historia y memoria*. Polemos: Buenos Aires.
- Vilanova, A. (2001). *El Carácter Argentino. Los primeros diagnósticos*. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata.

Fecha de recepción: 30 de marzo de 2026

Fecha de aceptación: 30 de junio de 2026